

TRAVESÍAS RUMBO AL VOLCÁN

Miradas viajeras en torno a la región del Parícutin

Juana Martínez Villa

Hay un hombre sublime quien con su color de luna y el azul intenso de sus manos me enseñó a caminar en paisajes impresionistas. A él va dedicado este texto. Desde luego, a la memoria de mi madre.

Muchas fueron las miradas que con asombro, fascinación, miedo intenso, coraje y desesperación viraron hacia el Volcán. Para nadie resultó indiferente. Los medios de comunicación, la radio, el periódico, la televisión e incluso el cine, llevaron día a día los sucesos que el recién nacido deseaba contar. Desde su aparición, bajo los pies de Dionisio Pulido, la tierra no dejaba de gemir. En los días posteriores al alumbramiento fueron llegando, con ojos desorbitados, numerosos curiosos de todas partes del país y de algunos rincones del mundo. Muchos de ellos se asilaban algunos días para contemplar «el espectáculo», otros menos pernoctaban por largos periodos en chozas desvencijadas armadas con lo poco que el Volcán dejaba. Entre estos últimos se encontraban numerosos pintores y fotógrafos, quienes ahogados en el delirio total plasmaron cientos y cientos de escenas de la elevación del cono, de las formidables fumarolas, del cansancio cotidiano de los habitantes de las comunidades devastadas que emigraban, vigas en hombro, a las nuevas tierras prometidas. Una cosa era clara entre los pobladores de los pueblos de Parícutin, San Salvador, Zacán, Zirosto y San Juan Parangaricutiro, el nacimiento del Volcán había provocado una ruptura total de lo cotidiano y nada, en adelante, volvería a ser igual.



Entre los fotógrafos que capturaron vistas podemos mencionar a Rafael García, Enrique Lira, Hugo Brehme, Arno Brehme, Juan Rulfo y Walter Reuter. Otros más locales como Ramón Chávez Ruiz y la lente de Navarro, este último fotógrafo y productor de postales michoacanas, autor de las que quizá son las imágenes del volcán con mayor circulación en el estado.

Navarro retrató las tardes angustiosas de los que se negaban a salir de Parangaricutiro, de quienes defendían sus trojes y su templo bajando cada mañana el peso de la ceniza acumulada, sentados en el pedestal de la cruz atrial como si fuera uno de los últimos refugios frente a la montaña de fuego que emergía soberbia, hasta el día en que el Volcán decidió y tuvieron que marcharse, sofocados por la lava can-



dente que despacio cubrió absolutamente todo. Al mismo Navarro se deben una serie de vistas del templo aún en pie. Destaca una majestuosa de la nave central, en el espacio hasta donde llegaban año con año miles de fieles para danzarle al Cristo de los Milagros. En la fotografía destaca el altar mayor, de estilo neoclásico, elemento que junto a la estructura de la torre fueron lo único que el Volcán respetó, como dejándolos a la posteridad para que contaran sus historias. Navarro presenta en una secuencia de imágenes la cronología de la destrucción y el abandono de los pueblos impactados.

Otros viajeros retrataron el Volcán a través de su narrativa. Hasta los bordes que el Parícutin permitía llegaron un sinfín de reporteros, cronistas, lite-

102 PARANGARILUTIRO, M. G. NAVARRO, FOT.



ratos, poetas y cientos y cientos amantes de las letras para quienes la contemplación del Volcán nacido representó el éxtasis más extraordinario. Algunos aguardaron apenas el trayecto a sus lugares de origen para publicar a través de columnas periodísticas, artículos especiales o memorias, aquella obra como salida de una mente surrealista, como del mismo infierno de Dante. Entre sus relatos sobresalen las dificultades para llegar al inhóspito territorio elegido por el Volcán para su nacimiento, los escenarios pincelados de grises por la caída de ceniza, el recibimiento por parte de decenas de comuneros quienes después de unas semanas de haber visto reventar la tierra lo menos que hacían era lamentarse, pues la renta de caballos, la venta de comida, la guía experimentada para llegar lo más cerca del cono o la narración pormenorizada del nacimiento se habían convertido en divisas de cambio.

Las noticias del encuentro con la furia de la montaña estaban siempre acompañadas con descripciones de las veladas nocturnas en las que el sueño huía aterrado ante el crujir del Volcán, frente a la caída de material incandescente que parecía hacer tregua de mínimo respeto para con los frágiles refugios que daban cobijo a los aventureros. De este retorno paralelo al infierno y al paraíso los viajeros plasmaron las más alucinantes narraciones que recogen en su mayoría escenas en las que se mezclan detalles del encuentro de Dionisio Pulido, Paula Rangel, Demetrio Toral y el Volcán con las más excepcionales explicaciones literario-científicas entre las que destacan las de Víctor Serge, Serstevens, Max Frisch, José Vasconcelos, Francisco Valencia, Egon Erwin Kisch, Jesús Silva Herzog. Otras descripciones parecieran abstraerse por completo de la destrucción de los poblados, para centrarse en el recuerdo de las comunidades impactadas en el día más especial que compartían antes de que la tierra reventara: la fiesta del Cristo de los Milagros. Este es el caso de Marian Storm, escritora estadounidense, quien había llegado a Uruapan a finales de 1929 y que desde una habitación en el Hotel Progreso bocetó numerosos paisajes rurales de los alrededores de la ciudad michoacana que la atrajo particularmente.



Uno de los capítulos del extenso diario de viaje de Storm está dedicado justamente a las fiestas principales que durante el año eran celebradas tanto en Uruapan como en los pueblos circunvecinos. Al referirse a Parangaricutiro pareciera que un halo de tristeza envuelve su prosa y después de un largo suspiro escribe algunos párrafos que intitula: «Parangaricutiro... se acabó». En dichas líneas Marian describe cómo entre el 12 y 15 de septiembre de 1943, «a pesar de la feroz amenaza del Volcán, la fiesta, la más concurrida y famosa en nuestros montes, fue celebrada». La descripción es elocuente y retrata perfectamente la fiesta como un espacio de devoción intercomunitaria:

El grueso de aquella muchedumbre salía durante la noche de 12 al 13; quienes iban a pie llevaban antorchas. Se juntaban y salían en largas filas que serpenteaban por el bosque. Todo el 13, 14 y 15 de septiembre el bullicioso gentío de celebrantes entraba a la iglesia bailando desde el atrio con velas encendidas, a venerar la Exaltación del Cristo... El anhelo de los peregrinos que iban a Parangaricutiro a rezarle a este poderoso Cristo parecía dar fuerza a los más delicados de salud para soportar tranquilamente el esfuerzo, el hambre, el frío, la lluvia, la falta de sueño. Por supuesto, muy pocos encontraban alojamiento. Si habían podido ahorrar unos centavos, los gastaban en un poco de fruta o buñuelos almibarados. Pero eso sí, cada uno de ellos entraba con su vela a bailar al Señor, cuya imagen fue el primer tesoro que pusieron a salvo cuando el nuevo volcán reventó con un rugido bajo los cansados pies descalzos de Dionisio Pulido. (Storm, 2012:p. 343)

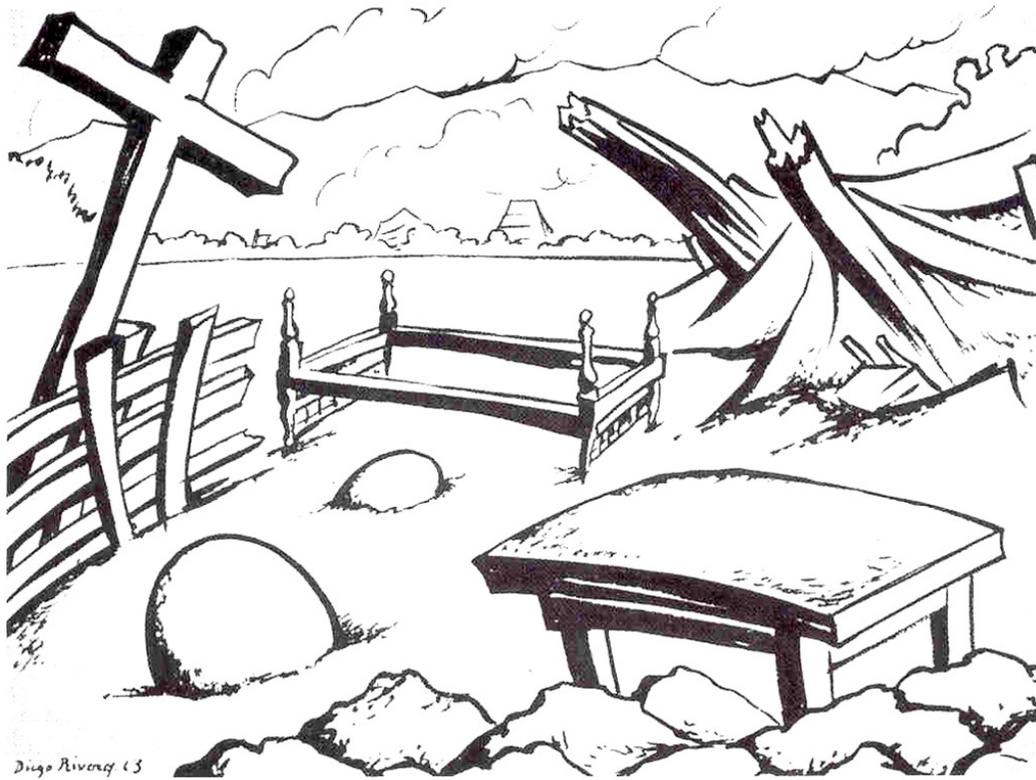
El nacimiento y erupción del Parícutin sin duda renovó la escritura de la historia regional. La migración de las comunidades abrazadas por la lava dio origen a nuevos asentamientos cuyos referentes identitarios también se transformaron. Diez años después de su nacimiento el Volcán parecía reconciliarse con quienes habían sucumbido a la ira de sus primeros días. Desde el mirador de Angahuan podía contemplarse ya la extensión de su negro sudario, como lo

denominó José Revueltas años atrás. El panorama desolado había dado lugar a cientos, quizá miles de líneas escritas. Prosistas de todo el mundo dedicaron sus más bellas letras al extraordinario evento, trasponiendo al paisaje devastado, la devastación hecha poesía:

La vista se decolora lentamente
Bajo la bruma mañanera en torno al Parícutin
Sus ojos negros cual lava, sus oscuros
Pies desnudos, lentos en salir
Sus ojos oscuros cual lava, contra
La madera seca, entablando el alma
Los abetos alojan ramas muertas
De antiguos arneses. Encima, el águila
Se eleva y cae a plomo. Una mirada perpleja
Prolonga el silencio de su aparición. Una sombra
En el sendero de piedra. Tomo un respiro
El aire frío controla su desaparición
La costa se alza en un doloroso Stabat Mater.
Al ir tragando las distancias, juntas
Las manos. Tu ronca voz implora
Al Dios de las Alas que recuerde
Una quema de alas: volveré a aquel lugar
A los pies del volcán.
Quiero mirar de pie a lo lejos,
Arrancarle tu mano a las sombras de la noche
O al lecho de crines. Suave como el barro es mi deseo
De descansar a tu lado en espera de la madrugada,
Recordando viejas tierras bajas, donde el viento
Empuja al barco hasta estas costas.

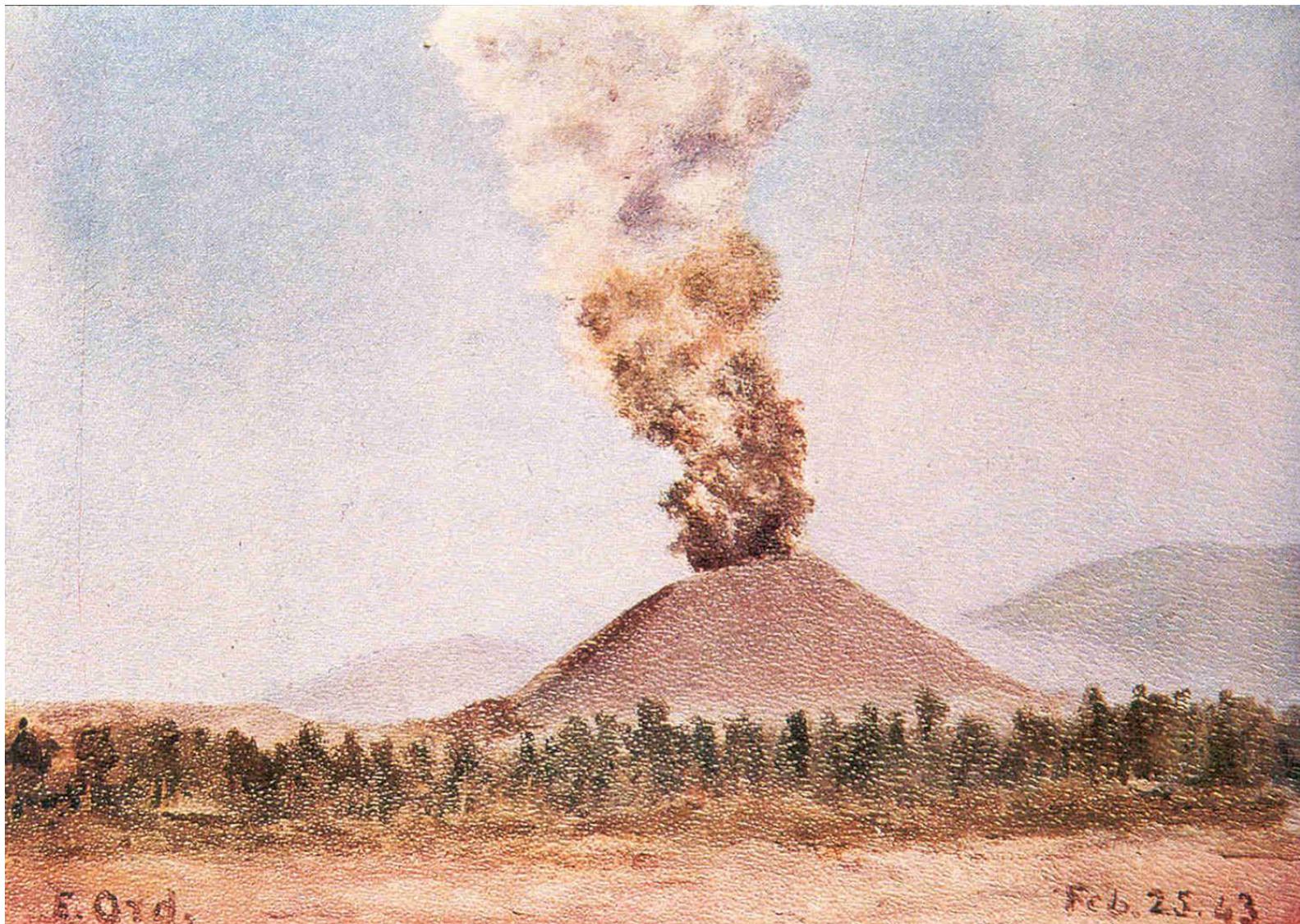
Hans Van De Waarsenburg,
Azul Gedichten, traducción al español:
Pura López Colomé





Al lado de los fotógrafos y los poetas llegaron al pie del Parícutin numerosos pintores de connotada fama a nivel mundial. Un consagrado Diego Rivera delineó en óleos y viñetas los entornos derruidos por la erupción. Sus escenas permiten imaginar a un Diego temeroso de expresar cualquier altanería ante el coloso. De cualquier manera logra insertar sus paisajes devorados por el fuego en el contexto de lo puramente mexicano, como si el Parícutin entonces, al lado del Popocatepetl y el Iztlazihuatl demandara su evocación patriótica.





El pincel científico de Ezequiel Ordoñez también dejó valiosos testimonios documentales. Sus paisajes arraigados en la tradición decimonónica dejada por José María Velasco acompañaron sus informes geológicos. El «padre geólogo», como era conocido entre los comuneros de los pueblos impactados por el volcán,

había ganado su afecto al despejar dudas y creencias en torno al surgimiento de la montaña y su erupción como consecuencia de maldiciones y castigos divinos.

Ordoñez difundía además los ciclos futuros del Volcán, el tipo de erupción que lograba, así como los peligros que podía enfrentar la población si se negaba a salir del territorio reclamado por la lava. La pintura de Ordoñez enfatiza la cronología de la erupción, el crecimiento del cono, así como la radical transformación del paisaje.

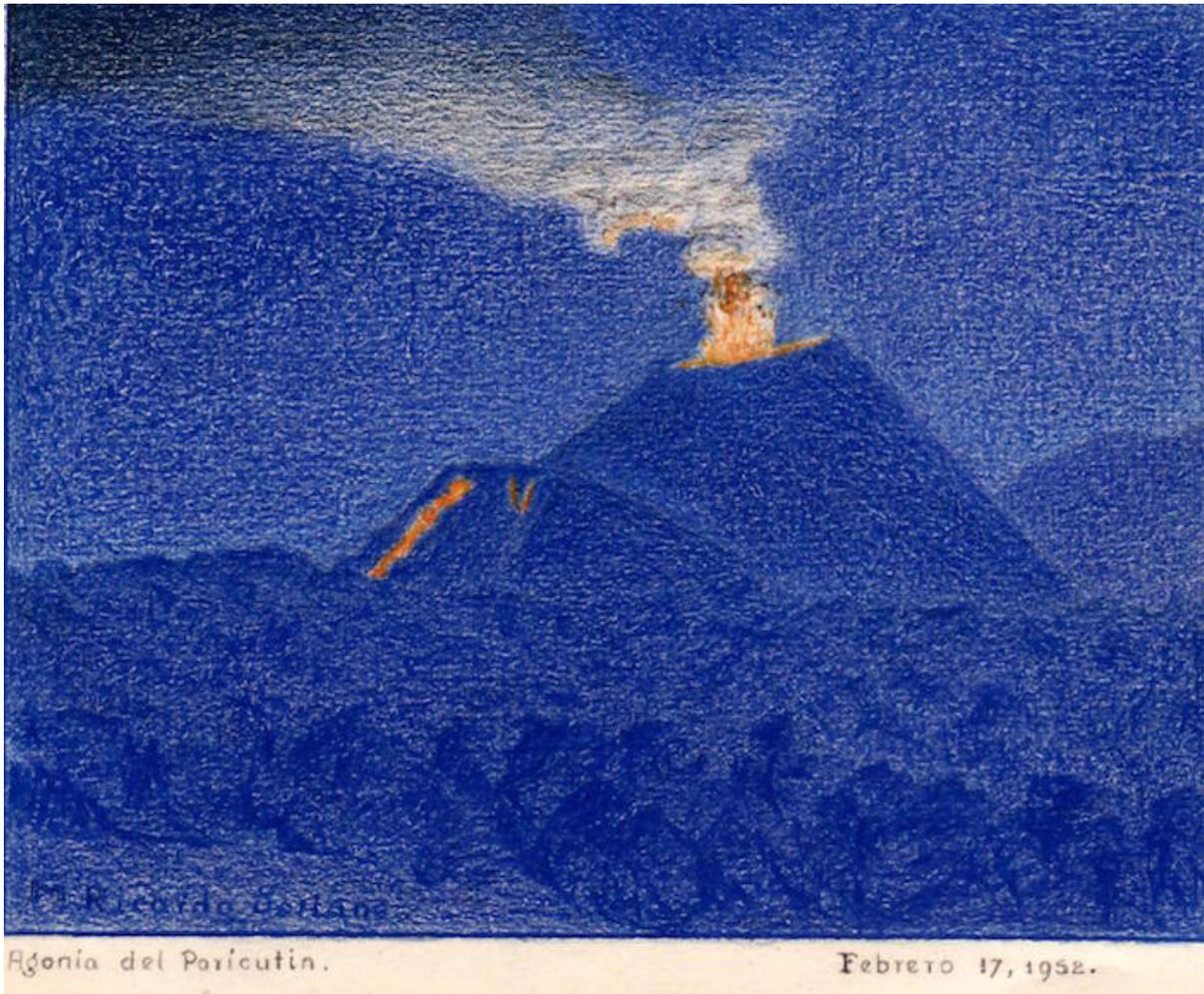


retorno al parícutin

Un resplandeciente Parícutin de arraigada tradición simbolista emana de las manos de Rufino Tamayo. Desligándose por completo de sus contemporáneos parece retratar en el Volcán una experiencia personal y profundamente renovadora para el arte de mediados del siglo XX. En su escena no es el volcán temperamental comúnmente citado, es una lúdica montaña que juguetea plácidamente con una lluvia de fuego en medio de una noche azul intensa. Los árboles petrificados parecen danzar al compás de los fuegos de artificio que caen resonantes entre la lava solidificada que cubre ya los pueblos de San Salvador Combutsio y San Juan Parangaricutiro.



La agonía del Parícutin en 1952 fue plasmada magistralmente por Ricardo Soriano. Para entonces la penumbra de los primeros años había desaparecido y Soriano hereda a la posteridad una diáfana escena en irrepetibles azules que permiten apreciar apenas chorreantes los últimos riachuelos incandescentes exhalados del Volcán. Como quien ha sido redimido en su lecho de reposo, así emergen los hilos de fuego en el cono madre y en el pequeño Sapichu, mientras algunas siluetas que no permiten descifrar si son peñascos de lava o bien un bosque de pinos, abren telón al resto del paisaje.

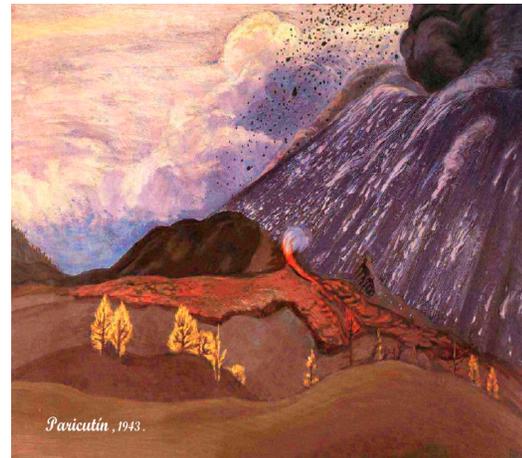
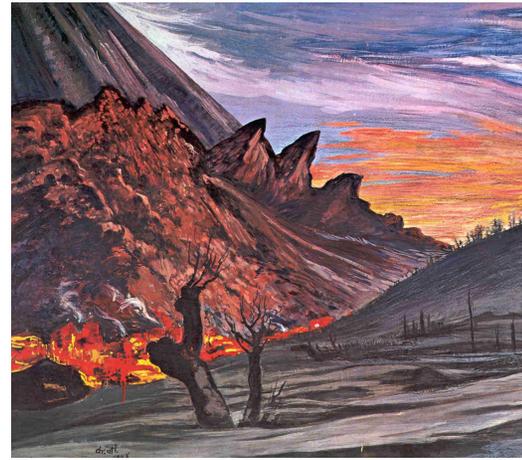
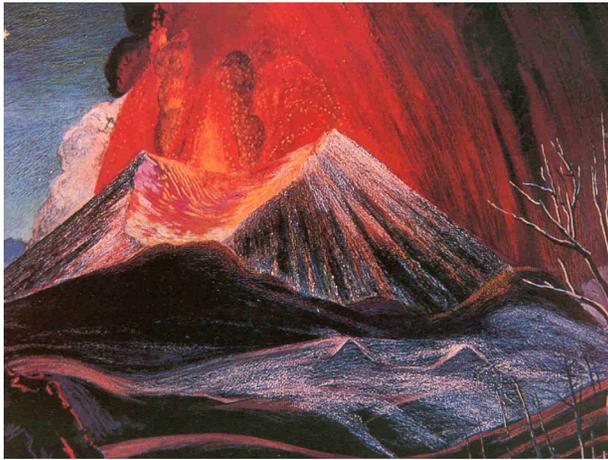




Nadie supo comprender mejor las intenciones del Parícutin que el Dr. Atl, quien prácticamente consolidó su profesión pictórica al declararse «dueño del Volcán». El Dr. Atl, arribó al lugar del nacimiento el mismo año en que reventó la tierra. Siendo, como él mismo se calificaba, un caminante incansable y notable alpinista, pronto decidió instalarse en una vieja choza que le permitía soñar con los bocetos del Volcán, mientras éste lo enamoraba cada noche con una furia incontenible. Atl no sólo pintó el paisaje del Parícutin, sino que a través de un sagrado proceso de transustanciación se convirtió en el paisaje mismo. Sus escenas, elocuentes poemas de pasión desenfrenada, hablan de este romance entre el Volcán y el pintor. A partir del Parícutin Atl reinventó su técnica e incluso llevó a su máximo esplendor la experimentación cromática, al pun-

to de transformar los azules más cálidos y apacibles en rojos violentos y avasallantes ante las miradas atónitas de los espectadores.

Las escenas logradas por Atl parecieran ser exóticas danzas en las que el movimiento, el conocimiento pleno de la naturaleza y el deseo, sucumben ante las manos del pintor. Sin duda Atl fue el mayor confesor del Parícutin, en la figura del hombre delgado de barba larga el Volcán depositó todos sus secretos. Para Atl, el volcán constituía la mayor expresión de renovación vital, por ello lo escuchó al oído, fue capaz de descifrar todos sus lenguajes, desde la furia más explosiva hasta el momento casi místico de contemplación.





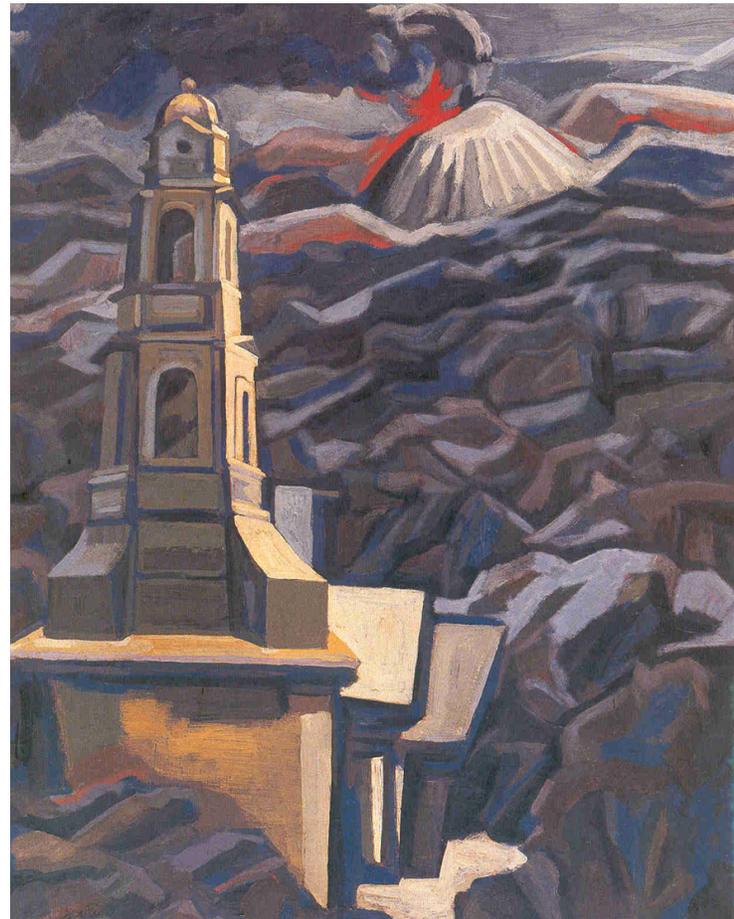
Otro pintor que reclamó su derecho coterráneo para con el Volcán fue Alfredo Zalce. Desde su arte de denuncia quiso expresar el malestar que le ocasionaba la llegada masiva de «turistas» a los alrededores del Parícutin. Zalce, de la misma forma que Revueltas, retrata el quebranto de lo cotidiano para los comuneros de San Juan y San Salvador Combutio, reclama además el estrambótico negocio en que la erupción se transformó ante la mentalidad usurera. Pero también se rinde ante la fascinación que le causa el paisaje deconstruido, al pintar la torre del viejo Parangaricutiro cual mástil enclavado en el mar de lava que apenas respetó el altar mayor que albergara en otros días al Cristo de los Milagros.

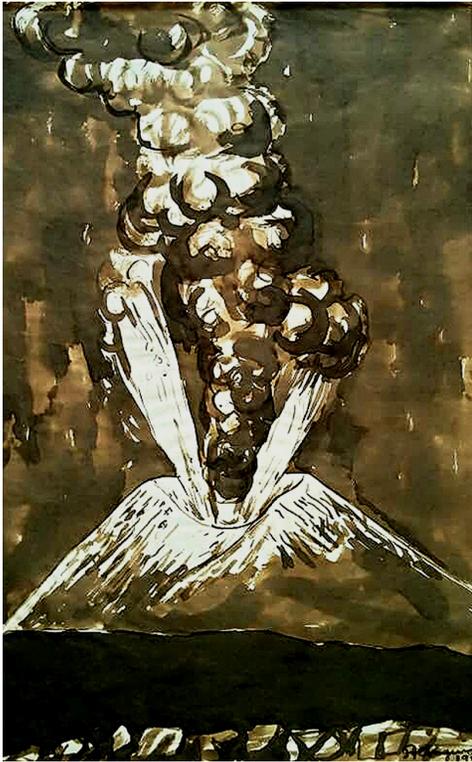


Junto a la figura de Zalce, destacó sin duda otro de los más interesantes representantes de la Escuela Mexicana de Pintura, quien se desligó pronto de las expresiones pictóricas posrevolucionarias para legar a la posteridad los trazos de una tradición totalmente personal: Raúl Anguiano.

Aunque en la obra de Anguiano eran conocidos ya algunos fragmentos del Volcán Parícutin, fue hasta el 2015 que gracias a la iniciativa de la Casa de Cultura de Coeneo, se dio a conocer una serie de bocetos, en su mayoría dibujos al carbón y acuarelas, que habían permanecido ocultos a los ojos del público. Dentro de

este desconocido acervo destacan cinco bocetos extraordinarios del Volcán Parícutin. Anguiano presenció el alumbramiento del Parícutin, lo cual queda manifiesto en la secuencia pormenorizada de sus escenas que marcan la actividad paroxismal del Volcán desde el verano de 1943 y posiblemente hasta los primeros meses de 1944.





De esta manera, Anguiano plasmó al carbón el surgimiento y desarrollo completo del cono, lo cual de acuerdo a la opinión de los expertos debió ocurrir en el transcurso de mes y medio a partir de su nacimiento. La apasionada violencia de las erupciones del Parícutin en sus primeras etapas es evidente en un par de acuarelas. Con sólo mirarlas pareciera que en los oídos del espectador resuenan los estruendos de la energía desmedida, el arrojó inmenso de lava, bombas, y esa llovizna eterna de arena y lapilli descritas una y otra vez en los centenares de líneas dejadas por los viajeros.



La opinión experta de los geólogos nos revela además que la obra de Anguiano retrató convenientemente la despiadada improvisación de los flujos piroclásticos, mientras en serenísimos blancos quiso exponer también candentes respiros de vapor de agua. Una cuarta vista recrea un paisaje mucho más apacible, con un cono majestuoso que exhala una delgada y larga línea de humo, seguramente de varios kilómetros hacia el infinito; observado todo por algunos testigos, como se había hecho ya costumbre en las márgenes del Volcán. En la última acuarela retumba ya la vigorosidad del Sapichu, y sobre él, una lluvia incesante de rocas de todos tamaños, como solicitando la atención de la madre que cautelosa lo mira desde el tercer plano.

En general, las escenas del Parícutin logradas por Anguiano, nos recuerdan al igual que el legado de Atl, una fascinación inmensa del pintor ante el fenómeno

natural. Anguiano seguramente recorrió el perímetro del cono, y desde el Canijcuata, con la loma de Capatzin al fondo, o bien, mirándolo desde el norte, nos compartió los detalles de sus travesías.

* Las líneas en torno a la obra de Anguiano fueron posibles gracias a la amable lectura de imagen que el Dr. Pedro Corona compartió con la autora.

